tos, tendríamos que ir buscándolos de casa en casa y viéndolos uno por uno. ¡Dios se lo pague á los organizadores, que encuadernaron aquí 1.700 páginas dispersas, casi todas dignas de asídua lectura!

XXXVIII

HISTORIA Y PAISAJE

MUCHA prisa suele darse la crítica á expedir certificados de defunción á los géneros, y es el caso que los géneros tienen, como los gatos, siete vidas. Uno de los difuntos vivaces es la pintura de historia. En la Decenal aparece en corto número de obras, pero con alientos todavía.

Puede defenderse la tesis de que el verdadero pintor de historia es el que pinta sucesos y hasta costumbres y personajes contemporáneos, que serán históricos mañana; pero es innegable que pintores de acontecimientos pasados los *interpretan* (ya que no deba decirse que los *reproducen*) con tal persuasión, que los hacen suyos; y nadie arrojará de los Museos una obra de Rochegrosse, de Moreau ni de Detaille, á pretexto de que estos artistas no conocieron personalmente á Salomé y Andrómaca,

ni asistieron á la rendición de Hunningue. ¿Han asistido, por lo general, los historiadores á los hechos que narran? ¿Oscurece el mérito de Mommsen el no haber vivido en la Roma que estudia? Estoy por decir que en arte la distancia favorece.

Aunque sobresalga en la Decenal el retrato, corresponde lugar no despreciable á la historia. Confirmando lo dicho en el párrafo anterior, los cuadros históricos más flojos, aun cuando llevan firmas como la de Detaille, son los de actualidad, los *vistos* (inspirados muchos de ellos por la visita del Zar á París), Hay, sin embargo, un cuadro enteramente contemporáneo, de Detaille, "Las víctimas del deber" (que yo llamaría, no *de historia*, sino de *costumbres heroicas modernas)* á mi parecer admirable. El asunto, difícil é ingrato, con imposición de luces encontradas y de tonalidades grises y negruzcas, representa, en una escena de incendio, los cadáveres de dos bomberos muertos en el cumplimiento de su obligación, y saludados por un grupo de autoridades que rinden homenaje á aquellas oscuras víctimas. Sin abusar del sentimentalismo, con dignidad suma y verdad extraordinaria, el artista comunica el sentimiento. La impresión es sana y consoladora. Otro tanto puede decirse de la "Salida de la guarnición de Hunningue con los honores de la guerra"; un *cuadro de las Lanzas,* que no equiparo al de Velázquez, si bien contiene trozos de pintura magistrales, sobre todo la figura del tamborcillo.

España es un país tan histórico, que en la cantidad relativamente corta de cuadros de historia de la Decenal, hay varios de asunto español. El de Tattegrain, "San Quintín tomado por asalto", perteneciente á la villa de San Quintín, es propio para que allí se conserve de nosotros triste memoria. Por más que escenas de tal índole nunca suelen ser dulces, algo especial habría en esa, para que los mismos españoles, cuando queremos expresar trastornos formidables, digamos que "se armó la de San Quintín". El artista consigue vencer la dificultad de mover una compacta muchedumbre y destacar entre ella, con especial interés, cada episodio. El desquite del honor histórico de España es el cuadro de Orange, "Los defensores de Zaragoza", homenaje á la célebre defensa, que por cierto pertenece al Estado.

Tattegrain se complace en lo cruel y horrible. Su cuadro "Las bocas inútiles" es una página de canibalismo en la Edad Media, que á fuerza de espantosa da en risible, y aunque bien pintada, compite en mal gusto con el Gran cerco de Viena. Rivaliza con Tattegrain, en el arte de agrupar numerosas figuras, el alabadísimo y habilísimo Roybet, que estudió á Rosales, que se empapó en Rubens y se apoderó de ciertas triquiñuelas velazquistas. La marca de Rosales se ve en el cuadro de "La matanza hecha por Carlos el Temerario en la iglesia de Nesles". Roybet es úno de los prestigios de la Decenal. Más que la "Matanza"—á pesar de ser muy dramática y de estar estudiada con el de-

tenimiento y el vigor que caracterizan á Roybet—me gusta la hechicera "Zarabanda" y los demás asuntos de género, tratados siempre con tino y maestría.

Es natural que el pintor de historia elija el momento dramático; pero el drama interior, la solemnidad moral (como por ejemplo la de la "Guarnición de Hunningue" ó "La firma del concordato" de Frappa) produce una emoción más elevada que la del drama material, cruento y truculento. Este abunda en la Decenal, fuerza es confesarlo, y acaso sea una de las causas de la inferioridad que en conjunto presenta el género, con relación al retrato y al paisaje. Muertes, asolamientos, fieros males, batallas, batallas; ahí tenéis los cuadros de historia; Boutigny reproduce la carnicería de Cholet, en que hace prodigios de valor el jefe vendeano Larochejaquelein; Dawant, la agonía de Couëdic, á bordo de la *Surveillante;* Delahache, la hazaña de Deroulede en Montbeliard; Rochegrosse, el atroz asesinato de Geta; Scherrer y Robert Fleury, episodios de la Revolución y del Terror; Surand, la matanza de los bárbaros por los elefantes de Amilcar...

Guarda afinidad con la historia el género legendario y místico, del cual son ejemplares las terribles "Danaides", de Demont, y el hermoso cuadro "Lady Godiva", de Lefebvre. La transición desde este género al que no sé si se llame "ejemplar", y del ejemplar al religioso, no me parece violenta. De ejemplares califico los cuadros pacificadores ó antibelicosos: si los pintores de historia parecen respirar sangre y exterminio, los ejemplaristas hacen propaganda de amor y paz; y bien mirado, están contestes: la misma lección se desprende de las espeluznantes "Bocas inútiles", de Tattegrain, que del lienzo de Danger, "La trasgresión del precepto" (perteneciente á un individuo de la Sociedad de arbitraje), y en el cual Jesús, desde lo alto de una colina, contempla tristemente el sangriento desfile de la guerra á través de la historia. En el de Debant Ponson, los dulces labios del Redentor parecen murmurar: "Yo os había dicho que os amáseis los unos á los otros."

La pintura religiosa, no sólo no decae, sino que tiene en esta Decenal representación brillantísima. La fe habrá disminuido: no así el místico anhelo de sentir y amar, el ansia de que el arte nos lleve á lo infinito. Con esto basta para dar alas á la pintura religiosa. Hay bastantes más cuadros religiosos que de historia, y tal vez que de "género" ó anécdota.

No quiero omitir uno de Bouguereau, aunque este pintor concienzudo y algo relamido no esté en olor de santidad y sea menospreciado y ridiculizado por la generación joven. Su "Cristo crucificado abrazando á un trabajador", revela verdadero sentimiento. Como interpretación de la fe popular, deben citarse los cuadros de Buland, sobre todo el "Bretón rezando". Ya he recordado el misterioso "Crucifijo" de Carriere, y como estudio de claroscuro muy celebrado, debo mencionar el "Cristo envuelto en el sudario", de Henner. El San Francisco de Asís aran-

do", de Chartran, inolvidable. "La cena", de Dagnan Bouveret, ha sido un acontecimiento: hubo quien comparó al autor con Vinci. Rebajemos. No se nos pase el "Amigo de los humildes", de Lhermitte, ni "El viaje de la Virgen", de Toudouze, ni un tríptico muy bello de Flameng (está en moda el tríptico), "La huída á Egipto".

La original creación de Juan Pablo Laurens, titulada "Juan Crisóstomo", es mixta de religiosa é histórica. Sobre el púlpito aparece el vehemente tribuno y asceta "Boca de oro", concitando la ira celeste y popular sobre la cabeza de Eudoxia, y allá enfrente, en la tribuna imperial, pálida, altanera, interiormente trémula, aunque por fuera impasible, está la Augusta recibiendo en mitad de la frente el estigma, oyendo la irritada palabra del Patriarca de Constantinopla: "Ahí tenéis á Herodías, que pide la cabeza de Juan." Por cierto que este cuadro me hizo notar lo poco versados que están en historia los críticos de arte, en Francia misma. De diez, nueve han dicho que la emperatriz á quien insulta el Crisóstomo, en el cuadro de Laurens, es Teodora.

No sé si llamar cuadro religioso ó página de libro de caballerías á la obra de Surand, "San Jorge y el dragón." Más dudoso es todavía para mí cómo he de clasificar los muy discutidos cuadros simbolistas de Beraud, "Magdalena en casa del fariseo" y "Descendimiento." El asunto de "Magdalena en casa del fariseo", á decir verdad, siempre ha contenido más sátira social que eficacia religiosa. El hecho en sí es una protesta contra la hipocresía y la mentira del mundo. La única novedad del cuadro de Beraud es que sus fariseos y su pecadora visten á la moda de nuestra época, lo cual parece significar que desde Augusto y Tiberio acá poco hemos progresado en sinceridad y rectitud. Ni aun es nuevo el propósito de envolver una lección ó una censura á la vida contemporánea en un pasaje de la de Cristo. El Bosco ya había retratado en traje de sayones judíos á sus implacables usureros.

La malicia da nombre á cada figura del cuadro de la "Magdalena." Son histriones políticos, son reyes del oro y de la banca. En cambio, los personajes del "Descendimiento" (donde encuentro mayor misticismo é intención), son anónimos; proletarios y obreros, que bajan de la cruz el cuerpo del Redentor, con actitudes de profunda ternura y de ingenua piedad. Allá á lo lejos, en vez de los torreones de Jerusalem, blanquean los edificios de una ciudad moderna, fabril, con chimeneas y penachos de humo; y un obrero, cerrando el puño, la amenaza, como si la hiciese responsable de la gran iniquidad de la muerte del Justo que están desenclavando...

Mientras miraba despacio, para reseñarla después, la pintura histórica y religiosa en la Decenal, me entretenía en apuntar los asuntos españoles que interesan á los artistas franceses. Triste será decirlo, pero la verdad es que aquí el corifeo de nuestra estética es el toro, y

por consecuencia, el flamenquismo. Si alguien (como la pintora catalana, muy digna de elogio, señora Beaury Saurel), evoca el recuerdo de "Juana la loca en Tordesillas", Bergés expone "Unas flamencas"; Bernard, "Un baile español" (que viene á ser lo mismo); Enrique Zo, "Un incidente" (torero herido entrando en la enfermería); Richon Brunet, la "Llegada de los toreros á la plaza de Sevilla"; Guillaume, "Bravo toro..." y cosas por el estilo, siempre violentas de color, inspiradas en un romanticismo del tiempo de Merimé. Con varias procesiones, interiores de convento y de ventas, posadas y herrerías, puedo cerrar la lista de los asuntos españoles. Rastros de la escuela de Fortuny, un tiempo tan influyente en París, se notan todavía en algunos de estos hispanizantes.

La relativa escasez de cuadros de historia y el número restringido—aunque muy superior—de cuadros religiosos, contrastan con la invasión del paisaje. No los he contado, pero sospecho que más de la mitad de la Decenal, casi las dos terceras partes, son paisajes (incluyendo el paisaje con figuras, y las marinas ó paisaje marítimo). Este género, hijo de la edad moderna, que expresa la íntima comunión con la Naturaleza, llena, inunda la Exposición.

Por eso sólo citaré los que se hayan quedado fijos en mi memoria. Uno es el de Bonnat, ya elogiado en anterior artículo; otros, los admirables de Vayson (con figuras) en que se descubre á un discípulo de Goya: "el Camino del

mercado" y el delicioso "Engasado", los toros de la Camargue vadeando á nado el Ródano. Y claro es que en primera línea, y entre el cuadro de género y el paisaje, coloco los delicados y sentidos y frescos idilios de Julio Bretón, que huelen al heno de las praderías y al humo de las cabañas, y que sin embargo, en medio de su sinceridad campesina, son tan ideales, tan místicos, de poesía tan inefable. El predominio y la apoteosis del paisaje es un hecho significativo. La corriente más honda de nuestro sentir se revela en ese fenómeno artístico que en la Decenal salta á los ojos y sobre el cual mucho podría escribirse.